

# ΥΤΟΠΙΑ 2079

The image is a book cover for 'Utopia 2079' by C. Martin. It features a central, glowing, semi-circular dome containing a futuristic cityscape with tall buildings. This dome is framed by a series of concentric, glowing rings that create a tunnel-like effect. In the foreground, a person stands on a rocky outcrop, looking out over a vast, hazy landscape. The sky is dramatic, with large, dark clouds and a bright, golden light source, possibly the sun or moon, creating a silhouette effect on the person and the landscape.

C. MARTIN

En el año 2050 en la Oficina de Naciones Unidas para el Espacio Exterior se produce una llamada diciendo: «¡Ehh, somos los de ahí arriba, los que dan vueltas alrededor de vuestra luna!». Se trataba de los agapianos, una civilización humana que había crecido y florecido en la lejana Ágape y que ahora regresaba a la Tierra para salvarla. Pronto fundarían Utopía, la primera ciudad extraterrestre en la Tierra.

29 años después, en el año 2079, Marcus Expósito, el primer utopiano de la historia, será expulsado de la idílica ciudad. En su exilio se enfrentará al Club de Cratos, una asociación de empresas, gobiernos y personas poderosas que luchan contra el noble plan de los agapianos. Un viaje que pasará factura en su cuerpo, en su mente y en su corazón.

## Introducción

Voy a contaros una historia, en verdad va a hacerlo su protagonista: Marcus Expósito. Yo soy un mero instrumento que relata sus vivencias y pensamientos. Todo sucedió hace ya años, pero para vosotros todavía no ha ocurrido, ya que tiene lugar en un futuro que aún está por llegar. Los acontecimientos transcurren durante los años 2079 y 2080, dentro de un periodo llamado: La Segunda Oscuridad. Por su nombre podéis haceros una idea de cómo era, o será. Sin duda alguna, pensaréis que peor que la que estáis viviendo vosotros en la actualidad no va a ser; aunque tened en cuenta que por muy mal que estén las cosas, estas siempre pueden empeorar. De todas formas, a lo largo de la historia, los diferentes habitantes de una época solían pensar que vivían en un tiempo decadente, mirando el pasado con envidia y el futuro con temor.

Es en ese futuro, totalmente ficticio y en el que algunas cosas probablemente nunca tendrán lugar (o tal vez sí, el tiempo lo dirá, en el pasado ya hubo visionarios que acertaron con sus descabelladas predicciones), donde se desarrollará una aventura plagada de peligros, traiciones, amor y prodigios jamás imaginados. Debo de advertiros que cualquier parecido con la realidad es pura casualidad, todo se desarrolla en un escenario ficticio que no debe sacarse de su contexto, así que espero que nadie se moleste por las opiniones vertidas por los diferentes personajes de esta obra y por los hechos que van acontecer en ella.

Bien, ¿por dónde empezar? Tal vez por el principio, eso sería lo normal, pero esta novela no es nada usual, así

que...

## Prólogo Sevilla 2 de febrero de 2080

Hay fechas que a uno le marcan de por vida y esa para mí siempre será el 2 de febrero. Muchos acontecimientos transcendentales habían tenido lugar para mí en ese día. El primero de ellos: mi nacimiento, en el año 2052. En cualquier persona normal esta sería una fecha para recordar y celebrar; no obstante, también fue el momento en que me quedé huérfano y sin nadie en el mundo. Mi madre, de la que evidentemente no tengo ningún recuerdo, murió segundos después de dar a luz. No sé si sucumbió al ver mi rostro, o por tener la certeza de que no tenía forma de alimentarme, pero el caso fue que se fue dejándome sin una figura materna que me educara y a la que amar. La pobre mujer ya había hecho mucho durante nueve meses llevándome en su interior y protegiéndome de un mundo cruel y despiadado. Señalar que la buena señora no debió de tener una vida fácil: sin familia, sin recursos, sin un techo bajo el que cobijarse. Según descubrí cuando fui lo bastante mayor para advertir su falta, ella era una refugiada; de las muchas que deambulaban por Europa, huyendo de las guerras y de la pobreza extrema que assolaban el continente. Con respecto a mi padre, nada supe jamás de él, pese a las pesquisas llevadas a cabo por las autoridades locales. Tal vez fui fruto de una noche de pasión o, en el peor de los casos y más probable, teniendo en cuenta las circunstancias

en que malvivía mi madre, fruto de una violación, algo bastante frecuente en aquellos días.

Con todo, el último acto que realizó antes de que yo asomara la cabeza resultó crucial para el resto de mi vida. Aun con contracciones y fuertes dolores, fue capaz de saltar las vallas y esquivar la seguridad de un lugar que el resto del mundo observaba con temor y esperanza: Utopía, la primera ciudad de los agapianos en la Tierra.

Dos años antes, se había producido un acontecimiento que cambiaría el mundo para siempre y que respondía a la pregunta de si estábamos solos en el universo. Varios observatorios astronómicos detectaron un objeto del tamaño de un portaaviones, orbitando cerca de la Luna. Previamente, se había producido una llamada a la Oficina de Naciones Unidas para el Espacio Exterior (UNOOSA) en Viena. Decían ser del planeta Ágape, de la constelación de Capricornio, y que querían mantener relaciones diplomáticas con la Tierra. Evidentemente, no fueron tomados en serio, pensaron que se trataba de un bromista. Una segunda llamada diciendo: «¡Ehh, somos los de ahí arriba, los que dan vueltas alrededor de vuestra luna!», tuvo una atención muy diferente, ya que esta información fue contrastada por diferentes observatorios. Como podéis imaginar, esto causó un efecto demoledor en los gobiernos del mundo. A pesar de que en un principio no se hizo público, resultó imposible mantenerlo oculto. Si ya es difícil que alguien guarde un secreto, imaginaos cientos de políticos por todo el mundo manteniendo la boca cerrada; estos que no callan ni debajo de agua y suelen apropiarse del mérito de cualquier cosa —aunque en este caso podría ocasionar el fin del mundo.

Finalmente, hubo un encuentro en el desierto de Mojave con los extraños visitantes. Resultó que los extraterrestres ni eran hombrecillos verdes ni venían de Marte, sino que tenían apariencia humana como tú o yo. Con respecto a su origen, al parecer, informaron que sus antepasados provenían de la Tierra, pero que abandonaron esta hacía si-

glos; desarrollando una civilización en otro sistema planetario, a doscientos cincuenta años luz de nuestro planeta. Después de más de un año dialogando, y venciendo la desconfianza despertada, se aprobó que los agapianos podrían tener una ciudad en el planeta, para poder mantener relaciones diplomáticas y comerciales (esto último era algo crucial para todos los gobiernos que aprobaron la resolución de la ONU). Igualmente, ayudarían a potenciar el desarrollo de los terrícolas y a evitar, como ellos vaticinaron, nuestra autodestrucción; recalando nuestra incapacidad de autogobernarnos hasta su llegada. Esto último fue tomado por algunos como un gesto de invasión, no obstante, los agapianos aseguraron que se limitarían a asesorar y proveer de las herramientas necesarias para revertir la apremiante situación de la Tierra.

Hubo muchas deliberaciones y tensiones entre los diferentes países, puesto que todos deseaban tener por vecinos a tan ilustres extranjeros. Las repercusiones económicas, tecnológicas y sociales serían notables en la región en que se fundara la nueva ciudad. Las grandes superpotencias ambicionaban que se ubicara en su nación, aunque tuvieran que ceder parte de su territorio. Así el acuerdo resultó difícil a consecuencia de que ninguna de ellas toleraba, bajo ningún concepto, que se estableciera en una de las naciones rivales. Por todo ello, se tuvo que tomar una decisión salomónica: sería fundada en un país de poca relevancia. Muchos fueron los candidatos, sin embargo, los agapianos decidieron elegir como novia, es decir como país anfitrión y que gozaría de grandes ventajas respecto al resto del mundo, a España. Quizás fue por el clima, o por el llamado «sol y playa», ya que uno de los requisitos impuestos era que tuviera salida al mar, pero la española fue la candidatura seleccionada. Una vez elegida la nación, hubo que decidir donde se alzaría la ciudad agapiana. Tras mucho buscar, y discutir entre los gobernantes regionales, a última hora se encontró la ubicación más idónea. Y fue al suroeste

del país. La ciudad tendría acceso al Atlántico, lo que permitiría una buena comunicación marítima. A los futuros moradores no pareció molestarles las altas temperaturas ni la orografía de la zona, al fin y al cabo con su tecnología esto no era un impedimento. Con respecto al gobierno español, que hicieran una ciudad en el infierno mientras fuera en su territorio, también les pareció perfecto.

Ese fue precisamente el sitio elegido por mi madre para traerme al mundo. Entre un mar de hormigoneras, grúas de construcción y duros obreros, puesto que en esas fechas la ciudad estaba en plena edificación. En un principio, se produjo cierto vacío legal sobre mi nacionalidad, debido a que oficialmente aún no se había inaugurado ninguna población. No obstante, como España ya había cedido esas tierras a los agapianos, estos decidieron que yo sería el primer utopiano de la historia; pues ni los trabajadores terrícolas ni los extraterrestres destinados a la creación de la urbe podían considerarse así. Por otro lado, a mi madre la consideraron una refugiada. Así que a ella simplemente la incineraron como era habitual en su cultura. Tengo que reconocer que esta nacionalización supuso para mi persona importantes privilegios. Además de contar con todos los derechos de un agapiano, me había convertido en la imagen de la ciudad. Yo representaba la inocencia y pureza con la que querían ser identificados los habitantes de Utopía. Asimismo, los visitantes del espacio se mostraron con este gesto como seres bondadosos y paternales. Se produjo un enorme revuelo mediático con el otorgamiento de mi ciudadanía, teniendo como efecto que muchas otras personas quisieran entrar en Utopía. Sin embargo, los agapianos incrementaron considerablemente la seguridad, implantando avanzada tecnología, y nunca más nadie pudo entrar clandestinamente.

Este fue el modo en que Marcus Expósito se convirtió en el primer habitante oficial de Utopía. No me preguntéis de dónde me viene el nombre, porque no tengo ni idea.



Algún lumbrera debió de pensar que era muy solemne, ya que así parecía originario de la antigua Roma. En castellano hubiese sido Marcos, pero claro, no suena igual. Algunos dicen que como di mucha guerra al nacer, se me asocia con Marte, el dios romano de la guerra. Y eso que yo soy un angelito. Y respecto a Expósito, se trataba de unos apellidos muy empleados en los bebés abandonados cuando se desconocía la identidad de los padres. Igualmente, su origen también venía del latín, referido a los niños no deseados que eran expulsados de la familia. Los primeros meses de vida los pasé en una nave médica estacionada en el improvisado puerto estelar de la futura metrópoli. Así que prácticamente mi familia fueron los médicos, las enfermeras y los diferentes obreros accidentados que pasaban por el centro. Pronto, al no ser un lugar muy apropiado, las autoridades responsables de la creación de Utopía decidieron dar prioridad a la construcción de un internado. En un par de meses, se inauguró el Centro Stephen Hawking, cuyo único residente y estudiante en una buena temporada fui yo. Años después, cuando la ciudad fue apta, empezaron a llegar las familias —cuidadosamente seleccionadas—, junto con otros huérfanos. De este modo, pude tener algo de compañía, ya que era muy aburrido correr solo por aquellas enormes aulas y salas, preparadas para albergar a cientos de estudiantes. Por lo menos durante el día, pude jugar con otros niños; aunque cuando las clases terminaban, o sus padres lo creían oportuno, se marchaban a sus casas. Tengo que decir que el centro no solo estaba destinado como escuela o guardería, sino que en él se realizaba toda clase de actividades ociosas para los más jóvenes utopianos. Esto permitía a sus progenitores liberarse de sus vástagos siempre que lo estimaran. El centro contaba con una legión de tutores y supervisores que efectuaban tanto tareas curriculares como los aleccionaban en los principios y valores agapianos.

Menudo rollo os he contado para decir que nací el 2 de febrero de 2045 en Utopía. Volviendo a esta fecha, otro momento trascendental de mi existencia también ocurrió en ese día, pero esta vez treinta cinco años después, concretamente el 2 de febrero de 2080. Si primero os he contado el inicio de mi vida, este podría decirse que iba a ser su final.

Mi vida en Utopía, a pesar de la ausencia de unos padres, fue bastante buena. Todos fueron conmigo muy afectuosos y protectores, llegando a tener un gran vínculo afectivo con algunos de mis tutores; asimismo, contaba con buenos amigos y nunca me faltó nada. Las facilidades proporcionadas por la ciudad, así como sus modernos y eficientes modelos educativos, me permitió realizar unos estudios fuera del alcance de cualquier terrícola. Profesionalmente, todos decían que podría conseguir cualquier cosa que me propusiera y algunos apuntaban que mi destino sería formar parte del Consejo de la Ciudad. Este era el máximo órgano de gobierno de Utopía, y por extensión de los agapianos en la Tierra. De tal modo que se trataba de un cargo de gran responsabilidad y poder, reservado habitualmente a sujetos de gran valía ajenos a la Tierra. Algo extremadamente complicado de alcanzar, pero, al fin y al cabo, yo era el niño bonito de la ciudad.

No obstante, al destino le gusta jugar de forma retorcida y cruel con las personas, así que me tenía preparado un camino muy diferente. Tanto, que el día que cumplí treinta y cinco años se puede decir que había tocado fondo. Ya no vivía en Utopía, sino en un mundo feroz, despiadado y perverso; catalogado por muchos como de la Segunda Oscuridad. En esa época residía en una de las peores ciudades del país, bueno en verdad la mayoría se habían vuelto igual de inhabitables, el mundo entero se había convertido en un estercolero. Si bien dentro de la inmundicia, también existen diferentes tipos de clases y lo que quedaba de España se podía considerar lo más bajo posible.

El caso era que me hallaba en un diminuto piso de la periferia de Sevilla, donde cada vivienda vista del exterior se asemejaba a la celda de una colmena. Si hay un paso previo a encontrarse viviendo en la calle, yo me encontraba en él. El edificio al completo podía considerarse inmundo, siendo su estado ruinoso. Lo cual no impedía que cada mes unos gorilas vinieran a recaudar el alquiler en nombre de los propietarios, una empresa llamada Dulce Hogar. En realidad, se trataba de una sociedad china formada por fondos buitres que no tenían ninguna consideración con sus inquilinos. Aquellos que no pagaban, bien con dinero o con cualquier cosa que tuviera valor, eran inmediatamente expulsados del bloque y confiscadas sus escasas posesiones.

Por suerte, yo nunca había tenido problemas con estos matones. Aunque no solía tener monedas en mis bolsillos, las latas de comida con las que me pagaban en mi deplorable trabajo me servían como pago. Cuando la comida escasea, esta suele ser más valiosa que el propio oro. El hambre es muy mala, os lo dice uno que muchos días no disponía de nada que llevarse a la boca. No penséis que ya que como me pagaban con comida, tenía de sobra, esta apenas si me llegaba para una lata al día y para cubrir el alquiler. Eso cuando no me asaltaban por la calle y me las robaban, varias veces me las vi negras para salir con vida.

Acostumbrado a llevar una vida placentera en Utopía, ese cambio supuso para mí un auténtico infierno. No era que no lo fuera para el resto de personas que habitaban aquel mundo, pero parecía que la vida humana podía ser capaz de adaptarse a las más duras condiciones. Para aquellos pobres desgraciados la vida los trataba con dureza, sin embargo era lo único que conocían. En cambio, yo había tenido una vida envidiable y cada día en aquel lugar me suponía un auténtico suplicio. Un hombre tarda mucho tiempo y esfuerzo en ascender, sin embargo muy poco en caer, y eso fue lo que a me ocurrió, llegando a hundirme en el más oscuro de los abismos. Yo que he visto cosas que vo-

sotros no creeríais: naves de ataque en llamas más allá de Orión. He visto Rayos-C brillar en la oscuridad cerca de la puerta de Tannhäuser...

Uy, creo que me he equivocado, estaba citando una película clásica que vi una vez. Si no recuerdo mal se llamaba *Blade Runner*. Mis profesores decían que debíamos conocer la visión que habían tenido anteriormente del futuro los terrícolas. Me pareció que la historia estaba totalmente desfasada, decía situarse en el 2019 y no había acertado en casi nada. Robots andando por las calles como si fueran personas, y hasta parecían tener sentimientos; totalmente inverosímil, eso nunca pasará. Solo le faltó decir que los androides eran capaces de soñar con ovejas eléctricas.

Bien, estaba hablando de mí, y yo sí he estado en el espacio; pero no he visto esas cosas que dicen en la película, eso era ciencia ficción y lo mío realidad. Soy el terrícola que ha estado más cerca de las estrellas; y no como Neil Armstrong, el solo fue ahí al lado a dar un paseo por la Luna. He viajado a velocidades muy por encima de la de la luz —claro que es posible, por mucho que algunos digan que no se podía hacer— y he llegado a mundos lejanos donde habitan seres inimaginables. Así que aquí me tenéis: tras gozar de una carrera prometedora, de haber encontrado el amor de mi vida, y de vivir feliz en el lugar más idílico del planeta, todo lo perdí. Cuando uno se siente abatido y derrotado por las circunstancias, siendo cada día una lucha a vida y muerte por sobrevivir, llega un momento en que uno piensa que lo mejor sería acabar con ese suplicio. Esa fue la conclusión a la que llegué el 2 de febrero de 2080.

Recuerdo que era una noche fría. Todas lo son, pero en esa el termómetro descendió por debajo de los cero grados, después de que durante el día se alcanzaran más de 45°C. Me encontraba tumbado en un viejo sofá que hacía las veces de alcoba; sin poder dormir, puesto que los continuos ruidos de los vecinos me mantenían en vela y en un estado de excitación aun mayor de lo que venía siendo ha-

bitual. La mala calidad del edificio hacía que oyera hasta la respiración del tipo del piso contiguo, como si estuviera en mi propia habitación. Tened en cuenta que no se trataba de unos vecinos muy civilizados: los gritos, las peleas e incluso cuando fornicaban me era informado sin desearlo. Tengo que advertir que cuando uno sufre una mala etapa, anímicamente hablando, las noches siempre se encuadran en el peor momento del día. Mientras nos mantenemos ocupados, haciendo cualquier tarea o en compañía de otras personas —aunque sean el enemigo— nuestra mente está concentrada. Mas, cuando el sol se oculta y llega la oscuridad, nos relajamos, quedándonos solos con nosotros mismos. Es en ese instante cuando le das vueltas a los diferentes asuntos que nos inquietan y el ánimo, así como la fortaleza mostrada a lo largo de la jornada, se derrumban.

Así pues, me encontraba con un alto grado de exasperación, fruto de mi triste vida fuera de Utopía, todo ello unido a un gran cansancio. No tanto físico, sino más bien psicológico, a causa de que estaba agotado de aquella lucha sin fin cuyas posibilidades de salir victorioso eran nulas. Jamás saldría de aquel infierno, jamás volvería a Utopía y jamás encontraría aquello que me había llevado allí. A veces, solo hace falta añadir una gota para que el vaso se desborde y en ese día, en esa noche, siendo el aniversario de mi cumpleaños, mis fuerzas llegaron al límite.

Tomando una decisión, me levanté. Lentamente y de forma pausada, abrí el cajón de un viejo armario. De su interior, saqué un rollo de cinta de empaquetar casi agotado y una bolsa de plástico. Este tipo de bolsa hacía años que estaba prohibido, en cambio su uso seguía siendo muy frecuente en la ciudad. Aquella concretamente fue en la que me traje las latas de comida de mi última paga. Resulta curioso cómo un objeto que había servido para transportar mi sustento, ahora fuera utilizada con un fin totalmente opuesto. Con la misma parsimonia con la que me había incorporado, volví a sentarme en el sofá medio apolillado. Por mi

mente pasó la idea de que durante un tiempo esos pequeños insectos iban a estar bien alimentados; por lo menos hasta que los gorilas que cobraban el alquiler cada mes entraran dispuestos a llevarse todo cuanto hubiera de valor en el piso, es decir nada.

Tomé un par de bocanadas de aire, seguidamente me coloqué la bolsa sobre la cabeza. A continuación, a tientas, ya que no podía ver, cogí la cinta de empaquetar que estaba sobre mi regazo y busqué el corte por donde se había quedado la última vez que la utilicé. Por más vueltas que le di, no conseguí encontrarlo; se había camuflado como el mejor de los camaleones. Al final, tuve que quitarme la bolsa y afanarme en hallar la maldita línea. La muy condenada estaba bien escondida. Tanta tecnología de finales del siglo XXI y todavía no habían encontrado una forma fácil de continuar con el uso de una cinta adhesiva. Una vez despegado un par de dedos del pegajoso plástico, volví a colocarme la bolsa sobre la cabeza. Seguidamente, comencé a cerrarla con la cinta adhesiva a la altura de mi cuello. Cuando constaté que estaba herméticamente cerrada, me tumbé sobre el sofá boca arriba. Coloqué ambas manos bajo mi espalda y esperé a que todo acabara.

Lo ideal hubiese sido que tuviera las manos atadas, para evitar la tentación de quitarme la bolsa a última hora, pero no tenía forma de hacerlo yo solo. Tal vez, de haber tenido unas esposas me las hubiese puesto, si bien no tenía ningunas a mano. Podía haberle preguntado a algún vecino, mas no creo que la policía les dejara traérsela cada vez que soltaban a alguno de ellos. Quien quizás tuviera algunas eran los de al lado. Siempre estaban dando gritos de placer, probablemente las utilizarían en sus frecuentes juegos sexuales. Aunque tampoco creo que me las hubieran prestado. No era como ir a pedirles sal, por otro lado tampoco pensaba regresar para devolvérselas.

Tumbado con una bolsa en la cabeza, y cada vez menos oxígeno en mis pulmones, el tiempo pareció ir cada vez

más lento. No muy lejos, oía el constante gotear de agua en una cacerola. Se trataba del oxidado grifo de la cocina, y desde que llegué siempre había estado perdiendo algo del preciado líquido. Por un segundo, pensé en que debía de arreglarlo pronto; las latas de comida se me iban por esa llave mal ajustada. Extraños pensamientos para alguien que está esperando la muerte. De todas formas, esa era la mejor manera que tenía para disponer de agua en todo momento. Debido a la sequía, y al mal servicio de la empresa suministradora, los cortes del suministro venían siendo frecuentes. Aquella vieja cacerola me aseguraba disponer de una pequeña provisión de tan necesario líquido. Lo peor era cuando iba al baño y al tirar de la cisterna no caía ni gota. No os voy a dar detalles, pero os diré que tenía que dejar todas las ventanas abiertas, por mucho calor o frío que hiciera.

Poco a poco, fui sintiendo como perdía el sentido. Pronto me desmayaría, y no mucho después acabaría ahogándome. Dicen que cuando uno va a morir, ve pasar toda su vida, pues es mentira. Yo no tenía miedo, no me asustaba que mi existencia acabara allí. La educación recibida en Utopía me había convertido en un ateo convencido, así que no esperaba el paso a otra vida. Simplemente, mi bombilla se apagaría para siempre. Un sentimiento que fue creciendo en mi interior, y que primero comenzó como una ligera irritación hasta convertirse en un auténtico volcán, fue la ira. De pronto, me sentí muy enojado. Había fracasado, mis grandes aspiraciones no se habían cumplido, toda una vida de esfuerzo y trabajo acabarían en un mugriento sofá sin que a nadie en el mundo le importara. Mi paso por este mundo sería como un soplo de viento que se perdería en el vacío.

Mi conciencia estaba a punto de abandonarme, en el instante en que mi instinto de supervivencia despertó de forma fiera. Saqué las manos de detrás de la espalda e intenté quitarme aquello que estaba asfixiando. Hay que ver